

tor idéntica impresión a la que motivaron los hechos al escribirlos.

Así, puede uno detenerse en la crónica inicial titulada "El Viento en los Pehuenes" y sentirá la majestuosidad del paisaje sobre la charla de los hombres que cabalgan camino de los aserraderos, mientras el viento entona lo que el autor define en claro lenguaje poético "su canción, su hondo y rumoroso latido haciendo oír viejas melodías y cimbreando los brazos indígenas de los pehuenes".

Y de la misma manera como Durand interpreta el paisaje chileno con un admirable conocimiento de cada trozo de tierra, va también entregando la estructura del hombre en una medida que difícilmente ha alcanzado el criollismo en las letras nacionales. Nadie como él sabe verter el diálogo campesino con todo su sabor y picardía, o bucear en la intimidad la tristeza, la alegría o la resignación de los seres que ha visto. De ahí surge una virtud primordial que sólo proporciona la auténtica vivencia de las cosas: la amenidad y el humanismo de las obras del arte.

Muestra amplia de esta afirmación en el presente libro son sus crónicas "Una caída y nada más", "Dos Edades" y "La Muerte de Cachupín", entre otras.

Con *Paisajes y Gentes de Chile*, Luis Durand sigue cumpliendo un ciclo artístico de desentrañamiento e interpretación fidelísima de la tierra que lo sostiene y de los seres que le rodean.—*Pedro Lastra.*

<https://doi.org/10.29393/At349-350-171RHMC10171>

"RESUMEN DE LA HISTORIA DE CHILE", de Francisco A. Encina, por *Leopoldo Castedo*. Tomos I y II. Zig-Zag. Santiago de Chile, 1954

Buen servicio a la cultura chilena —que ojalá logremos pagarle debidamente— ha prestado el profesor Leopoldo Castedo al redactar con pluma galana y fácil este *Resumen de la Historia de Chile*, basado en la obra de don Francisco Antonio Encina.

Castedo ha podido realizar su labor con brillo y honradez debido principalmente a dos hechos: su indiscutible amor por lo histórico y su cercanía personal y literaria con don Francisco Antonio, de quien fué secretario privado durante varios años. Este contacto diario con Encina llevó a Castedo a apreciar el esfuerzo del brioso historiador y a compenetrarse de los fundamentos sociológicos de la visión de Encina. Por eso el *Resumen* escrito por Castedo —y que en el primer volumen abarca desde el Descubrimiento hasta Chacabuco (1535-1817)— está muy bien realizado, no faltando en él ningún aspecto social, político, intelectual o folklórico que interese a quien se aventure por los senderos de nuestra historia. El problema que al resumidor ofrecía el sentido encinesco —violento y apasionado— ha sido soslayado con admirable sagacidad: Castedo ha empleado en el *Resumen* su propio estilo, porque —como él mismo lo dice— “vano hubiera sido remedar el ameno y dicharachero fluir del señor Encina. Sólo cabía escribir otro libro, siguiendo los hechos y las ideas y redactándolas según mi saber y entender en cuanto al idioma”. Y es precisamente por esta actitud de Castedo que el *Resumen* ha ganado en viveza, colorido y amenidad.

Pero hay otro mérito en la obra que comentamos. La pulcra edición hecha por Zig-Zag constituye una preciosidad iconográfica. Dibujos, fotografías y mapas se prodigan en el volumen a través de casi 600 páginas. Material que volaba desperdigado en archivos, diarios, libros y documentos —no siempre asibles por el curioso— está hoy metido en estas páginas en un bello conjunto que impresiona, por lo mismo, a quien lo observa con mirada atenta. Consigue así Castedo que la historia de Chile entre por los ojos del lector y deje en su espíritu un recuerdo imborrable. De este conjunto se destacan, en el primer tomo, los dibujos del padre Alonso Ovalle (“rubensianos” los llamó Romera con acierto) y los de Bry sobre los ataques de los piratas holandeses a las costas de Chile. Figuran también en este volumen los delicados apuntes de Pérez Rosales sobre California y los dibujos, un tanto infantiles, de Núñez de Pineda, a los cuales se agregan los inéditos de Dampier. A estos

verdaderos hallazgos, compilados con paciencia y porfiadez; se suman bellas fotos sobre Tierra del Fuego, conservadas por la doctora Gre-ta Mostny; el diario de bitácora de Moraleda; los retratos, que Castedo agradece a Jaime Eyzaguirre, de los virreyes del Perú y las verdaderas joyas pictóricas de Rugendas y Monvoisin.

En el tomo II de la obra de Castedo, el lector, de asombro en asombro, no sabe qué admirar más: si las preciosas iconografías que le asaltan a cada página o el estilo —elocuente o zumbón según el caso— que el autor emplea y dosifica inteligentemente. El retrato de Portales, por ejemplo (páginas 839 a 850), es maestro. El gran ministro sale de las páginas del *Resumen* y echa a caminar a nues-tro lado, vivo y exuberante, impresionándonos, como pocas veces, con su vitalidad y su ingenio. El Portales hombre, que por momen-tos relampaguea con chispazos de genio, se admira tal vez más que el Portales funcionario. Amó a una sola mujer, con pasión definiti-va. Cuando la perdió después de una crisis mística, prometió con-siderar a las demás mujeres sólo como objetos de placer. La “remo-lienda” fué el paliativo a su nostalgia... Irascible, francote e iró-nico hasta lo inhumano, sencillo, sobrio y falto totalmente de am-biciones, cruza —brioso— la historia de Chile. Y su paso es defi-nitivo en sus proyecciones...

Este retrato maestro —y otros que jalonan el II tomo del *Re-sumen*, como los de O’Higgins, San Martín, Freire, Bello, Lastarria, Vicuña Mackenna, Montt— duplica los méritos de la obra que co-mentamos.

Leopoldo Castedo merece, pues, sin regateo, nuestro aplauso. A sus condiciones de escritor agrega una rara sensibilidad de artista, que se goza en la finura de su selección iconográfica. Lo dicho basta para justificar el éxito editorial de ambos tomos, que superan con creces la pobreza del mero resumen para ser, en cambio, una cabal Historia de Chile.

Resta aplaudir, además, al artista tipográfico don Mauricio Amster, a la editorial Zig-Zag y a todos los historiadores, geógra-fos, catedráticos y —en fin— estudiosos de lo nuestro, que con su

consejo y experiencia lograron que la inquietud de Leopoldo Castedo se expresara debidamente en las 1,300 y tantas páginas de estos dos volúmenes del *Resumen*.—Mario Céspedes.



“BREVE ESTUDIO SOBRE EL TEATRO FRANCÉS CONTEMPORÁNEO”, de *Francisco Walker Linares*. Ediciones del Pacífico, S. A.

Las Naciones Unidas en su rama de Cooperación Intelectual tienen su representante en Santiago a Francisco Walker Linares, lo que señala, de por sí, un honor y un reconocimiento intrínseco de su alto valer en el mundo de las letras, la educación y el arte.

Francisco Walker Linares, especializándose en los temas variados y los panoramas de primera clase, siempre, que ofrece la Francia eterna, ha trabajado para la Colección Síntesis de la Editorial del Pacífico, un volumen que lleva por título *Breve estudio sobre el teatro francés contemporáneo*, y que, tal como lo dice el nombre, tiene por objeto presentar y analizar lo que ha hecho y hace el teatro francés, que es, y ha sido siempre, la cumbre del teatro universal, y de donde viene todo sopro renovador, y hacia donde van todas las miradas del mundo culto, curioso o investigador.

La obra demuestra, ante todo, organización y un dominio total del tema, pues empieza en la introducción con una reseña didáctica de lo que es el teatro, donde se dice, entre otros capítulos:

“El teatro es como el instinto del ser humano, que se manifiesta en todos los pueblos desde los más salvajes hasta los ultra civilizados, y en las distintas etapas de la existencia del individuo; el niño hace teatro, convive con personajes imaginarios, en sus juegos hay mucho de representación teatral; cada uno de nosotros está en todo momento representando su papel de actor. Al respecto expresa el mismo Evreinoff que hay “Una incesante teatralización de la vida. El estado, la civilización, la sociedad, nos imponen una cierta máscara de virtud, de amabilidad, de decencia. Y nosotros representamos nuestros papeles con tanto celo que llegamos a con-